

FRANCISCO DE COSSÍO

MANOLO



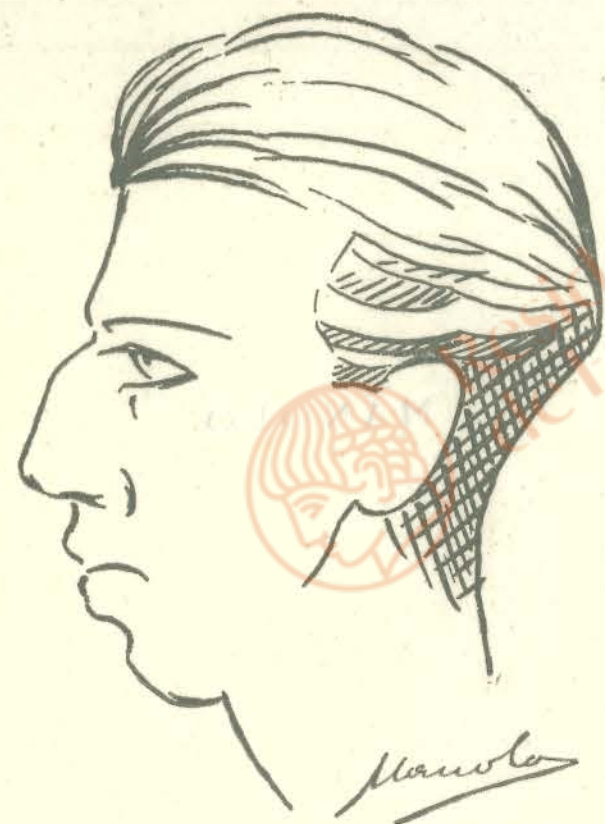
VALLADOLID - CASA SANTARÉN - AÑO 1937

A don Ramón Ferrero
fuera, en Testimonio de
muy sincera amistad

Francisco de Loria
diciembre 1939.



MANOLO



AUTORRETRATO

FRANCISCO DE COSSIO

MANOLO

VALLADOLID
LIBRERÍA SANTARÉN
1937

MANOLO DE COSSIO



ES PROPIEDAD.

Copyright by Francisco de Cossio. 1937

IMPRENTA CASTELLANA.-VALLADOLID

Aún más que por la vida, la biografía está justificada por la obra y por el tiempo. Lo que hizo el hombre, y en los días que lo hizo. Ello equivale a escribir historia en torno a una figura, y contrastar con ella el ambiente, las costumbres, el tono de una época. A los diez y nueve años una biografía no puede justificarla sino la última hora, un bello morir, el heroísmo o el martirio, y esa exaltación que ponen los mejores en las grandes empresas, para que Dios les elija jóvenes.

Yo he procurado en estas páginas, reflejar una época y una tradición familiar en la silueta de un héroe. Manolo, en este caso, no es sino un guión humano para exaltar a tantos muchachos que, como él, dieron voluntariamente su sangre por España en la más grande conmoción nacional que registra nuestra historia. Sin su entrega voluntaria no hubiera podido consumarse la epopeya, y sirva de ejemplo a los hombres, este impulso generoso de los adolescentes. Ellos no sabían apenas nada, inocentes del pasado e ignorantes del porvenir. Los viejos retienen avaros la vida, y los jóvenes la dan sin reservas, íntegra y total en una santa renunciación. Esa es su obra.

Yo elijo uno, Manolo, por conocerle mejor, y porque el egoísta dolor de haberle perdido me mueve, con la exaltación más efusiva, hacia la gloria de todos.

El cuarto de la fonda es pequeño y blanco, las maderas de pino, sin pintar, y el balcón alto y estrecho, como de puntillas, se asoma sobre los tejados de las casas fronterizas a un paisaje de pinares y sierra. En las horas de sol fuerte la persiana verde, rayada por franjas de oro, tamiza la luz en profundidades de acuario. La guerra está muy próxima. Tiros secos, tableteos, como en un ensayo... —Hace ya varios días que no caen proyectiles sobre Las Navas...— me dice la muchacha fina, frigueña, desde la penumbra del pasillo, con la gran bandeja en la mano, como si viniera de hacer una ofrenda. Y una pausa de silencio en la soledad para ahondar en mis recuerdos.

Aquí, sobre la mesa, frente a mí, el último retrato que le hicimos en Quijorna, dos días antes del gran combate, donde cayó en su puesto de cabo ametrallador, sentado en su máquina, frente al enemigo, con un tiro en el lado izquierdo, cerca del corazón. Al fondo, la Iglesia de Quijorna fuerte de muros y de torre, rematada por una caperuza de pizarra azul.

FRANCISCO DE COSSIO

¿Cómo era aquella mañana? ¿Cómo era aquella última mañana en que había de verle? Un sol cegador y desbordado sobre la gran plaza desierta, y él en medio, como si toda la luz fuese suya, dispuesto para el retrato en jarras, con un gesto burlón muy de su carácter, sonriendo a la máquina. ¿Cómo era aquella última mañana? Yo quisiera encontrarme de nuevo con aquella luz de Quijorna, a mediodía, seguro de que si encontrase otra vez aquella luz, en el centro estaría él.

El último abrazo tuvo bastante de presentimiento. Era como el remate de todos los abrazos durante la vida de un hijo en diez y ocho años. El esqueleto se va haciendo fuerte con los años, y los abrazos se van haciendo fuertes también. Es como si creciesen los abrazos hasta encontrar el molde justo en que dos pechos pueden fundirse. Y yo sin pensar que aquel abrazo fuese el último, y sin embargo... El se quedó al pie del coche, siempre sonriendo, pero ¿cómo era aquella sonrisa? Quiero acordarme de aquella sonrisa, y el recuerdo se pierde en la luz, sobre unos olivares hondos, por el lado de los parapetos... y así siento yo aquella última sonrisa, del color de los olivos bajo la luz, en esa gradación dramática del oro al azul, y del azul al negro. Y se unió a sus compañeros con el brazo extendido y la mano abierta, y su brazo largo y fino fué lo último que ví, hundiéndose en el paisaje, como se hunde todo Quijorna, hasta la caperuza de su iglesia, y así, al alejarme, el pueblo, hun-

MANOLO

diéndose, me daba cierta impresión de naufragio, de algo pesado y roto que no podía flotar en la luz, y se iba al fondo. Y no le ví más. Lo último su mano abierta, agitándose...

En la vida hay siempre una despedida fatal. Tantos trenes, tantos barcos, tantos coches... que salen, y esa palabra enigmática, ¡adios! que no sabemos nunca lo que puede significar en el tiempo y en el espacio. No se piensa si será el último adiós, y yo aquel día lo pensé. Y hoy, en lo profundo del recuerdo, quiero reconstruir todas las despedidas; mi despedida de expatriado, mi despedida para América... y siempre su sonrisa de niño, que quedaba un rato largo, hasta que la luz la disolvía, en el biselado del cristal del vagón. Aquel día último me duró mucho tiempo la visión de esta sonrisa para mí, que iba a ser la última. Y el viaje me iba ayudando al recuerdo que se apretaba en las curvas, y escalaba las pendientes hasta los puertos, y así le ví reflejado íntegro, total, sobre las aguas de la presa del Alberche, que se extienden en el paisaje con una ambición de mar.

Todos los años, por este tiempo, era el mar auténtico para él. Los buenos años de paz, en que, acabados los exámenes, los chicos iban al mar. ¡Cuántos años de playa! Así le había ido yo viendo crecer sobre la arena. Vestido de blanco, bajo el toldo listado, cuando aún no andaba, y ya al otro año llegando torpe hasta el borde mismo, con miedo a mojarse la punta de los pies... Y subía a la casa todas

FRANCISCO DE COSSIO

las mañanas sobre mi hombro. Aquel era otro sol, entre los tamarindos. Y el miedo al agua, a no hacer pie en el agua, y después la decisión, el ímpetu para seguir a los amigos... Sánchez Megías, el torero, era el maestro de natación, y ponía cátedra de valor ante sus discípulos. Y, después, sobre la arena, el torear de los albornoces blancos, ante una fiera hipotética que era la luz.

La chocolatería en los soportales angostos, con sus mantelillos de colores, el mejor premio de verano, cuando los chicos, un día, dejaban los trajes de la playa y los pies desnudos, y se hacían pequeños marineros azules. Y las fiestas, aquella locura de las fiestas que duraban tres días en torno al frontón, con cohetes y petardos, y el toro de fuego, y la retreta de las antorchas, el número de fuerza, la apoteosis final... —¿Pero dónde están esos chicos?— Y el asedio a lo largo del campo de golf para recoger entre pinos y acacias las pelotas perdidas... Así voy viendo su imagen crecer, tomando líneas nuevas, pero siempre infantil, sobre el azul, sobre el terciopelo verde, y, a la hora de calor, sobre el rojo y el morado de las sillas de lona, hundiéndose en la pereza con los ojos enfiados. ¿Dónde está aquel tiempo? Aquel tiempo se fué con aquellas imágenes.

Pero hasta qué punto la vida de los padres se va afirmando sobre la vida de los hijos. Es como un calco fino de un modelo precioso sobre un papel transparente. Y, ahora, perdida la imagen para

MANOLO

siempre. El recuerdo la busca, quiere atraerla hacia sí, y la imagen no viene. Es ya como una niebla temerosa de que la disipe el olvido, y yo recorro la casa para sujetarla, para traerla de nuevo hacia mí. Esta es la hora en que él venía; pero el timbre no suena como él le hacía sonar. Su sitio en la mesa... ¡qué poder de evocación su sitio en la mesa! Porque allí se concentraba toda la alegría, el ímpetu, el entusiasmo... a la derecha de la madre. Y cuando llegaba tarde ahogaba la protesta con sus gritos, y ponía punto final haciendo un recorte torero con la servilleta. Y siempre con una vitalidad que le llevaba a la exaltación de su fortaleza y su destreza física. El fútbol... nadie metía más goles que él; la piscina, toda la mañana en la piscina; el boxeo, y preparaba su guardia para demostrar que era una guardia invencible. A los amigos les aturdí con una dialéctica en acción... y en las pausas quedaba como abstraído, como ensimismado, sin movimiento y sin palabras. Era entonces cuando se descubría en él como un resplandor de inocencia.

Y todas las cosas con su reflejo, con el reflejo de su alegría. Los tableros de nogal con el reflejo de sus manos y de sus brazos desmayados y de sus codos pensativos. ¿Quién sino él clavaba los clavos de la casa? Todas las cosas perdidas sólo él sabía dónde estaban. Estos libros los ordenó él y perdió una mañana en buscar un segundo tomo que no parecía. Y todos los cajones llenos de cosas suyas, las cosas

FRANCISCO DE COSSIO

que no iba a necesitar para la guerra, sus lápices, sus cuadernos de dibujo, sus libros de matemáticas, decorados, teoremas y ecuaciones, con caricaturas, y la firma debajo. ¡Cuántas veces escrita la palabra Manolo! Y un reloj viejo que él desarmaba y volvía a armar en horas de aburrimiento... y los armarios íntegros, intactos, con sus trajes estirados, esperando la pausa de la guerra a la paz, y los zapatos brillantes en fila, y las camisas ya en su montón como muertas también, con ese aspecto que, entre las hojas de un libro, toman las flores disecadas. Todo clamando por su forma, su actitud, su movimiento... todo como en un grito constante llamándole, para envolverle en una mañana clara, con el pelo recién planchado y la imagen alegre en todos los espejos, porque a la tarde hay toros.

Si quisiéramos definir su carácter en una palabra diríamos, sociabilidad. Efusión hacia las cosas y los hombres que le rodeaban. Siempre, desde pequeño, esta pregunta en la casa: ¿dónde está este chico? Era la escapada en él inevitable hacia sus amigos, con los porteros, con los criados, con los colonos... con las gentes más humildes, en las que buscaba una intimidad efusiva. Y la pasión por defender a cuantos conocía, por buscar disculpa a sus defectos, por exaltar sus buenas cualidades... Agueda la cocinera, el señor Andrés el portero, el señor Margareto que había querido ser torero en la juventud, y había renunciado a la profesión por su cortedad de vista... Cada día en la casa un nombre inédito que sonaba en las sobreme-

MANOLO

sas, el nombre de un nuevo amigo o un nuevo protegido al que había que exaltar con hipérbole. Y con los hombres las cosas. ¿Dónde está esta cosa que no parece? Y él sabía siempre donde estaba. El vigilaba mi desorden, mis papeles, mis libros, mis cartas... y cuando en la carta había una petición o demanda, pasados unos días el preguntarme. ¿Hiciste aquello que te pedían? ¿Has conseguido algo? Era la efusión irreprimible, en un culto constante por las preocupaciones ajenas. Esto le llevaba de un modo natural, que él no podía reprimir, a la protección, a los animales. Los gatos, los perros, las tortugas, los grillos... y era su pasión en el circo frente a las habilidades de las focas y los monos. Los animales más desconocidos, los perros vagabundos, los borriquillos de las huertas, los gatos sin dueño, que se apartan horrorizados del hombre... se hacían amigos de él en un minuto, y le seguían con ojos implorantes. Le dí a leer una vez la apología que hace Montaigne de Raimundo Sabunde, y se extasiaba ante los ejemplos de todos los animales célebres de la antigüedad. Y él contaba también cosas de inteligencia de sus animales. Su fantasía infantil no le llevaba nunca hacia lo maravilloso, y sus mejores cuentos eran cuentos de animales. Mi amistad en París con Mateo Hernández, el gran animalista, constituía para él una amistad de prodigio, y recogía las fotografías de las obras del escultor, las focas, las panteras, los pelicanos, los monos, los canguros... Yo le refería, a veces, anéc-

FRANCISCO DE COSSIO

potas del Jardín de Plantas, que él escuchaba en un recogimiento casi místico. La pantera negra, de una movilidad tan extraordinaria, que el día entero le pasaba midiendo a pasos solemnes, ante los barrotes, la angostura de la jaula. El escultor se fué haciendo su amigo. Ya le conocía y le esperaba, y conforme iba surgiendo del bloque de granito su forma, la pantera parecía recrearse en ella, y se detenía para contemplarla, y aún adoptaba posturas elegantes para posar; y las focas, con una inteligencia tan sensible, inteligencia de equilibristas, que, inmóviles, seguían con los ojos, afilando sus bigotes al sol, el mazo y el cincel del escultor, como si fuesen peces que hubiera que recoger en el aire.

Llegó una vez al jardín de plantas un hipopótamo joven, y no quería abandonar el fondo del estanque. Los guardas nos decían que nadie le podía hacer salir del agua. Llegó Mateo y llamó al hipopótamo viejo, que se acercó a él nadando, moviendo con efusión su enorme cabeza. Y no bien le acarició el escultor, se sumergió, de nuevo, totalmente. A poco aparecía acompañado del hipopótamo joven, y le acercó a la orilla para que Mateo le conociese y acariciase. Éste, en su ingenuidad infantil, dijo por único comentario: Indudablemente ha bajado para decirle: «Sal aquí fuera, que quiero que conozcas a un amigo».

En una jaula enorme había un gran orangután. En sus movimientos, en su expresión, en su mirada, en la que brillaban destellos de inteligencia, se descubría

MANOLO

casi un hombre. Todas las mañanas se acercaba a la jaula, a las doce en punto, un individuo alto, desgarrado, con los brazos largos, la nariz chata, la boca grande, la frente breve, vestido pobremente con un traje de dril, y cubierto por un sombrero de paja. Traía al orangután frutas, y la bestia le recibía como pudiera hacerlo a un amigo íntimo. Por simples señas, en una mímica expresiva, se entendían perfectamente, y era admirable presenciar estos diálogos en los que el orangután adquiría naturaleza humana, y el hombre descendía en sus movimientos y expresión a la categoría de un animal de la selva. La amistad se hizo tan fuerte que, diez minutos antes de las doce, el orangután escalaba lo más alto de la jaula, y oteaba en torno, con impaciencia, la venida del amigo, poniendo la mano ante los ojos de visera. Un día el guarda que, con nosotros, presenciaba estas escenas, le dijo a Mateo Hernández: —¿Qué, le parecería a usted que hoy abriésemos la jaula y le dejásemos entrar, para ver lo que hacían juntos? —Se le hizo la proposición al desconocido y éste aceptó en el acto. —Yo no me hubiese atrevido a proponerlo—dijo. Y se abrió la jaula, y presenciamos una escena emocionante, que llevó lágrimas a nuestros ojos. La bestia y el hombre se abrazaron durante largo rato, y el orangután, de tiempo en tiempo, se apartaba de él, le contemplaba y volvía a abrazarle después, dándole grandes palmadas en la espalda. Yo, al escribir hoy estas anécdotas, tengo la ilusión de que se las cuento a él una vez más,

FRANCISCO DE COSSIO

y me parece oírle: —El hipopótamo joven también se hubiese venido conmigo, y yo hubiese sido amigo del orangután.

LA tía Lola, la tía Carlota, la tía Marichu... La tía Lola iba para santa. Muy joven, salió un día de casa sin decir donde iba, y se quedó en un convento. Yo la veo en el campo o junto al mar, siempre entre un corro de sobrinos, aquietándoles, durmiéndoles y aun luchando con ellos. Era como la iniciación del apostolado que por sublime designio había de seguir toda la vida. Para la tía Lola el mal no existía, todos los hombres eran buenos, y su refugio para estas ideas los niños, en un círculo de inocencia, de lágrimas que enjugar, de dolores que asistír, de dudas y temores que disolver. Yo la veo con su gran sombrero de paja, vestida de blanco, subiendo una pendiente entre los árboles que ya la ocultaban, ya la descubrían, con un chico a horcadas sobre su cintura, y llevando a otro de la mano. Yo la veo en la baja marea entre las rocas, recogiendo conchas, algas y moluscos, para el museo de Historia Natural de su colegio, y los sobrinos siguiéndola y mostrándola, con el agua a media pierna, sus hallazgos. Se esfumó un día en el convento, y allí siguieron en

MANOLO

torno de ella los niños, ahora una turba de gitanos, a los que al mismo tiempo que alecciona y reprime su independencia nómada, cose la ropa y lava las carnes. Cuando la tía Lola tuvo noticia de su muerte, dijo: —Tengo la certeza absoluta de que está en el cielo. Cuando rezo yo por muchas personas que se han muerto noto como algo que tira de mí, pidiéndome oraciones. Es que me necesitan. Al rezar por Manolo mi oración sube hasta el cielo libre, a buscarle, y siento dentro de mí algo que me dice que es él el que está intercediendo por nosotros. Y ya le he pedido una cosa muy difícil, que no puedo deciros lo que es, una cosa muy difícil, y me ha sido concedida. — Y después de una pausa: — Aquí tenemos una madre que es una santa, y dice que después de uno de estos grandes combates, ve cientos de muchachos entrando en el cielo. Es como una lluvia de almas en el cielo.

—Hoy me quedaré a comer en casa de la tía Carlota. — Casa antigua, con grandes estancias, que es para él de chico, como un laberinto mágico. Casa para el ensueño, sobre las blandas alfombras en los salones cerrados, en el oratorio que huele a cedro, en pasadizos y antesalas... El va aprendiendo todos los rincones de la casa, y, en ellos, todas las cosas. La tía Carlota pasa el día ocupada en cofradías, asociaciones e iglesias. Cuadernos con innumerables nombres, libros de cuentas que no se acaban nunca., Manolo algunos ratos la ordena recibos y papeles...